



GRANDES COLECCIONISTAS

La historia de dos hombres de principios del siglo XX, decididos a poseer los relojes más elaborados y complicados que pudieran crearse, demuestra un cambio radical en la actitud de las élites hacia el coleccionismo, como descubre Stacy Perman

Desde el final de la Guerra Civil Americana en 1865 hasta la Gran Depresión de 1929, Estados Unidos logró emerger de la sombra europea para convertirse en una superpotencia mundial. Fueron tiempos de extraordinaria transformación industrial, incomparable crecimiento tecnológico y, para algunos, riqueza inimaginable. Denominada con sorna “la Edad Dorada” por Mark Twain en su novela de 1873 del mismo nombre, este periodo vio surgir a los magnates de la industria y, con ellos, el comienzo del culto a la riqueza.

Familias como los Carnegie, Rockefeller y Vanderbilt formaron una nueva aristocracia social. Vivían en una espiral de abundancia. Su lema era “no hay mal que por bien no venga”. Sin excepción, las fortunas inmensas generaban gastos exorbitantes. Se construían lujosas mansiones que empujaban a los castillos de la realeza. En el baile de los Vanderbilt de 1883, la señora de Cornelius Vanderbilt II eclipsó a toda la sociedad neoyorquina con su deslumbrante atuendo de raso blanco y diamantes, iluminado con baterías escondidas en el vestido. Y pocos se inmutaron cuando el empresario de Chicago, Cornelius Kingsley Garrison Billings celebró la apertura de sus establos de Manhattan, ofreciendo una cena a sus 36 invitados a lomos de caballos, en el salón de baile. Pero estas suntuosas ostentaciones también ponían de manifiesto la creciente división de clases.

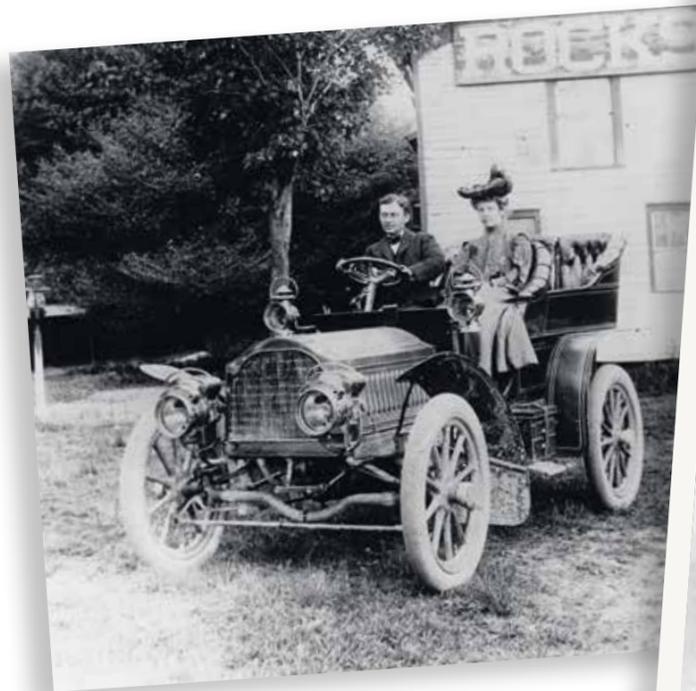
En este círculo cerrado, nace la figura del magnate ilustrado y sofisticado. La élite adinerada se dispuso a rodearse de cultura y el tipo de sofisticación que podían permitirle sus fortunas. Además, la rivalidad que prevalecía en el mundo de los negocios pronto se manifestó en un afán voraz por sobresalir también en sociedad. Llevados por un entusiasmo sin límites, los magnates americanos pusieron de manifiesto su apreciación por las obras maestras de la pintura, los tapices, la escultura y el patrimonio europeo. Posteriormente, muchas de estas colecciones privadas formaron las bases de las instituciones artísticas más importantes de Estados Unidos, incluidas la Colección Frick e incluso el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. Al mismo tiempo, iba aumentando entre los americanos el interés por los relojes.

Durante siglos, el arte relojero había servido para el disfrute de la realeza. Cuando estos magníficos instrumentos que conectaban la ciencia y el arte a través del tiempo, llegaban al alcance de otros círculos, se convertían en símbolos de poder e influencia. Los mejores relojeros encontraban su clientela entre los miembros de la realeza, cautivándolos y honrándolos con creaciones espectaculares. Durante su reinado de 45 años, la reina Isabel I de Inglaterra, llegó a poseer numerosos relojes, entre ellos un reloj enjoyado en forma de pulsera de oro (un regalo de su supuesto amante, el conde de Leicester). Hoy, el Palacio Topkapi de Estambul alberga relojes del siglo XVII. Representan un recordatorio del dinámico mercado otomano, un tiempo en el que los sultanes consideraban sus relojes un objeto astronómico de diversión y los mejores relojeros de Europa se congregaban en Constantinopla para admirar estas fantásticas obras de alta relojería.

A principios del siglo XX, entre la creciente plutocracia americana, un reloj antiguo estaba a la altura de las obras maestras pictóricas que cubrían las paredes de sus mansiones: se consideraba un símbolo de opulencia y un valioso objeto de colección con pedigrí histórico. El banquero John Pierpont Morgan reunió más de doscientos relojes, incluido un reloj musical regalado por Napoleón al rey de Nápoles en 1800.

Sin embargo, en el siglo XX los nombres James Ward Packard y Henry Graves Jr. se alzan sobre todos los demás grandes conocedores de relojes. Arquetipos del éxito americano (Packard, un emprendedor hecho a sí mismo, y Graves, el vástago de una fortuna de Wall Street) transformaron el concepto del coleccionismo de relojes en varios sentidos. Aunque sus vidas y personalidades difieren enormemente, llegaron a desear lo mismo: la más grandiosa de todas las grandes complicaciones; y se dirigieron a Patek Philippe para ver cumplidos sus extraordinarios anhelos. Durante el curso de tres

Página contigua: el banquero neoyorquino Henry Graves Jr. (arriba izquierda y derecha) era un ávido coleccionista que adquirió obras de arte, monedas antiguas y porcelana china además de relojes excepcionales. Al ingeniero James Ward Packard (abajo izquierda y derecha) le fascinaban los mecanismos complejos de relojería. Derecha: la Sra. de Cornelius Vanderbilt II vistió el traje “Luz eléctrica” al Baile Vanderbilt en 1883, en homenaje al invento de la bombilla eléctrica, símbolo de la nueva era moderna



décadas esta troika alcanzó logros extraordinarios con la tecnología la balanza de resorte del siglo XV y las ansias de progreso del siglo XX.

Tanto Packard como Graves no tenían ningún interés en acumular relojes históricos, ni como trofeos rutilantes ni por otra razón más erudita. Ambos encargaron colecciones completas, con sus propias especificaciones, para su uso personal. En una época en la que la mayoría de los coleccionistas confiaban en la competencia y espíritu artístico del relojero, Packard y Graves aportaban ideas para sus encargos. En el caso de Graves, él mismo aprobaba los bocetos del diseño, especificando características de las complicaciones desde el tourbillon y el calendario perpetuo hasta el detalle más minúsculo. Ambos se adhirieron a Patek Philippe en un momento fundamental de sus vidas.

James Ward Packard nació en la era de la máquina, el 5 de noviembre de 1863. Era el segundo hijo de un prominente hombre de negocios con empresas de maderas y serrerías en Warren, Ohio. Fascinado por la mecánica, poseía modelos de todos los artilugios. Packard era muy diestro y es bien sabido que desmontaba todo lo que caía en su mano y normalmente lo mejoraba cuando lo volvía a componer. A los 21 años,

se graduó en la Universidad de Lehigh, Pensilvania, siendo el ingeniero mecánico más joven de la historia de esa facultad. En 1890, fundó la Packard Electric Company, pionera de la bombilla incandescente. Tenía más de mil inventos propios, incluidos un elevador y un sistema de torniquete eléctrico, en la mansión señorial que compartía con su esposa Elizabeth.

En 1899, fundó lo que después se denominaría la Packard Motor Car Company, célebre por lanzar en Estados Unidos el primer automóvil de lujo. El Packard tenía líneas elegantes e ingeniería avanzada y Packard, el ingeniero, introdujo una serie de innovaciones que pasaron a ser estándar en la industria, comenzando por el volante. Estaba motivado por un agudo sentido de la estética unido a la promesa audaz de la tecnología. Como el presidente de Packard Motors diría de él posteriormente, “la ordinariez y las imperfecciones herían su sensibilidad”. Al igual que sus relojes, los automóviles de Packard eran objetos exquisitos con tecnología innovadora.

A pesar de su elevada posición en la sociedad neoyorquina, Henry Graves Jr. era un hombre tan reservado y taciturno en sus manifestaciones públicas como lo era extravagante en su forma de vida. Si no



El reloj-anillo de oro de Packard (arriba) creado en 1917 era el único reloj de este tipo que se sepa que produjera Patek Philippe durante este periodo. El automóvil Packard (abajo izquierda) llevaba la nueva invención del magnate: el volante. Henry Graves Jr. fotografiado con su esposa, Florence (abajo derecha)



Izquierda: el reloj supercomplicación Graves, con 24 complicaciones, sobrepasó todos los récords anteriores en 1933, el año de su entrega, y acaparó el título del reloj más complicado. El reloj de bolsillo de oro amarillo, de doble esfera, con 900 piezas, cuya creación llevó casi cinco años. Abajo: el reloj más famoso encargado por Packard, N.º 198 023, se entregó en 1927 e incorporaba diez complicaciones. Abajo: el bastón de ébano con empuñadura de plata y pomo de ébano, considerado el único bastón-reloj creado por Patek Philippe



hubiera sido por su colección de relojes, seguramente habría pasado desapercibido.

Graves nació el 11 de marzo de 1868 en Orange, Nueva Jersey, en el seno de una influyente familia cuya fortuna aumentó gracias al ferrocarril, la banca y el comercio. Su padre, Henry Graves Sr., gobernador en la Bolsa de Nueva York, cofundó la firma de Wall Street, Maxwell & Graves, tras la Guerra Civil. El hijo de Graves emuló a su padre invirtiendo en toda la maquinaria que impulsaba la economía industrial.

En 1896, se casó con Florence Isabelle Preston, hija de un acaudalado corredor de Bolsa. Fue un matrimonio de dinero y pedigrí, pues la Sra. Graves descendía del emperador Carlomagno. La pareja y sus cuatro hijos tuvieron una existencia privilegiada en su finca Irvington-on-Hudson, de más de cuatro hectáreas, además de su dúplex en la Quinta Avenida de Manhattan. Viajaban en un vagón privado a su residencia en las montañas de Adirondacks, Eagle Island, donde veraneaban junto a los Rockefeller.

A Packard le gustaba construir, Graves prefería comprar. A lado de su padre aprendió a ser un gran entendido, un experto coleccionista de arte y uno de los más destacados expertos en porcelana china. Dominado por un extraordinario afán de competitividad, Graves Jr. sobresalió como jinete, navegante y cazador. Pero su verdadera pasión era el coleccionismo y, como en el deporte, su objetivo era siempre triunfar.

Graves buscaba objetos exquisitos y únicos: bocetos de grandes maestros, grabados navales de la época de la Revolución y pisapapeles franceses. A veces, aventajaba a su padre en la obtención de porcelana china de gran rareza. Su extraordinaria colección incluía un dólar de plata de 1804, también se le conocía como el “rey de oros”. Su mayor placer era ir de caza.

Graves guardaba sus colecciones en secreto y con mucho celo. Solo después de una subasta en 1936, en la que su grabado *Adán y Eva* de Alberto Durero alcanzó la increíble cifra de 10.000 USD, se dieron cuenta en su círculo de la calidad y el valor de las obras con las que se rodeaba desde hacía tiempo.

Las vidas de Packard y Graves se entrecruzaron en el entorno relojero. Los dos descubrieron en los relojes un mundo en miniatura de excelencia oculta. Para Packard, ofrecían ingeniería de precisión a la mínima escala; para Graves eran la perfección estética.

Packard empezó a interesarse en serio por los relojes mecánicos con complicaciones, cuando trabajaba en la





compañía de energía eléctrica Sawyer-Man en Nueva York, a finales de la década de 1880. Con oficinas cerca de Maiden Lane (el distrito relojero y joyero) Packard pasaba horas en las numerosas tiendas de la zona, escudriñando los mejores ejemplares de relojería.

Packard era un febril perfeccionista y solucionador de problemas. Descubrir combinaciones innovadoras de complicaciones estimulaba su mente. Lo que más le impresionaba era la repetición de minutos. En Patek Philippe encontró su mejor aliado. En 1905, Packard recibió su primera gran complicación Patek Philippe (N.º 125 009) un cronógrafo de oro de 18 ct con repetición de minutos, calendario perpetuo, “petite” y gran sonería. Esta pieza marcó el comienzo de una importante relación.

La relación especial de Packard con Patek Philippe está simbolizada en un par de piezas únicas. La primera era un reloj-anillo de oro de 18 ct (N.º 174 659) entregado en 1917 y la única pieza de ese estilo creada por Patek durante este periodo. Un año después, Packard que disfrutaba paseando por los alrededores de su casa, anotando la distancia, la hora y el clima en un diario de piel, recibió un reloj-bastón (N.º 174 826). La singular pieza era una vara de ébano con un reloj de plata en la parte superior y un segundo pomo de marfil.

El interés de Graves por el arte de la relojería, comenzó por el deseo de poseer un excelente reloj de bolsillo de oro como símbolo de posición social y riqueza. Inicialmente, llegó al mundo de Patek Philippe por recomendación de Tiffany & Co. del que era cliente habitual. Estaba interesado en particular por los modelos de la manufactura ganadores de premios del Observatorio de Ginebra y adquirió unos cuantos relojes, incluidos los únicos tres relojes

Arriba: Packard navegando en el lago Chautauqua en Nueva York (izquierda). Era un consumado explorador y participó en numerosos viajes por carretera para probar sus automóviles. Fotografiado aquí (derecha) pasando cerca de la tumba de Grant en la ciudad de Nueva York, donde reposan los restos del 18.º presidente de Estados Unidos. Página contigua, desde la izquierda: Graves

con Florence y sus hijos más pequeños, Gwen y George. Henry Graves Jr. se casó con Florence Isabelle Preston, la hija de un rico corredor de Bolsa, en 1896. El escudo de armas de su familia lleva el lema *Esse Quam Videri*, “Ser, más que parecer” y está grabado en los objetos de plata del matrimonio, en los gemelos que portaba Graves y en muchos de sus más galardonados relojes

Patek Philippe de platino con repetición de minutos y tourbillon (todos ganadores de premios).

Mientras que a Packard le entusiasmaba la aventura tecnológica, Graves consideraba el reloj de bolsillo como un símbolo de excelencia que podía realizarse de acuerdo con sus deseos, y además cabía en la palma de la mano. Pronto pasó de interesarse por conseguir los mejores cronómetros, a poseer relojes que tuvieran tantas complicaciones como fuera posible. Anhelaba tener piezas de todas las categorías, y que fueran lo mejor en cada una de ellas. Al final buscaba piezas inigualables.

A través de Tiffany, también él encargó varias piezas únicas. Entre ellas, uno de los primeros relojes Patek en forma de moneda

(N.º 812 471) con un cierre secreto de resorte en el borde de una moneda de oro de 20 dólares que se abría para mostrar el reloj. Cuando los relojes de bolsillo pasaron de moda, el entusiasmo de Graves se orientó hacia los relojes de pulsera. Llegó a tener tres (de los solo cuatro producidos por Patek Philippe), con repetición de minutos y caja tipo tonneau (dos de ellos con caja de platino).

En 1916 Packard recibió un reloj de oro de gran complicación (N.º 174 129) con 16 complicaciones y *foudroyante* que medía fracciones de segundo. Este singular reloj de bolsillo le propulsó hacia mayores retos. Al tratarse de un instrumento excepcional, la noticia de su aparición circuló entre los apasionados de la relojería. Graves había iniciado su propio encargo de grandes complicaciones, entre ellas la N.º 174 961 que incorporaba 12 complicaciones, cuatro menos que el *foudroyante* de Packard.

A partir de entonces, estos dos hombres encargaban relojes a un ritmo frenético. En 1927, cuando estaba internado en la Clínica Cleveland, Packard, gravemente enfermo, recibió el “Packard”

PACKARD Y GRAVES ENCARGARON COLECCIONES ADAPTADAS A SUS DESEOS Y CAPRICHOS, PARA SU USO TOTALMENTE PERSONAL

FOTOGRAFÍAS: © STACY PERMAN A GRAND COMPLICATION: THE RACETO BUILD THE WORLD'S MOST LEGENDARY WATCH (ATRIA BOOKS/SIMON & SCHUSTER)

(N.º 198 023). Este reloj astronómico tenía una carta celeste con quinientas estrellas de oro perfectamente calculadas en magnitud sobre Warren, Ohio, el primer mapa celestial de Patek Philippe. Antes de su muerte, apenas un año después, Packard sabía que había conquistado la cima de las grandes complicaciones.

Mientras tanto, Graves se había reunido en secreto con Patek Philippe. Sus instrucciones fueron crear “el reloj más complicado”, uno que fuera “imposible de elaborar” y tuviera “el máximo número posible de complicaciones”. Esto fue el principio de una odisea de cinco años para construir el reloj supercomplicación “Graves” (N.º 198 385), un reloj de bolsillo de doble esfera con 900 piezas y 24 complicaciones, uno de relojes más deseados incluso hoy en día.

El reloj supercomplicación marcó el punto álgido de Graves, pero también señaló el comienzo de algo nuevo. Los sublimes instrumentos creados hace un siglo para Packard y Graves contenían una tradición exquisita, una cadena de ADN que puede encontrarse en todas las grandes complicaciones contemporáneas Patek Philippe, desde el Calibre 89, que celebró el 150.º aniversario de la manufactura en 1989, hasta el Sky Moon Tourbillon, lanzado en 2001, y su réplica más reciente, el Granmaster Chime, en 2014. Y son la prueba viviente de una historia, en caja de oro que nos descubre la espléndida narración de tiempos anteriores. ♦

Para obtener más información sobre este tema, vea el contenido exclusivo en *Patek Philippe Magazine Extra* en patek.com/owners